

## Yo el coronavirus

*Alcibiades González Delvalle*

Me presento con los dos nombres que me dieron: coronavirus y covid-19. Soy de la legendaria China Continental. A ver quién dice ahora que las marcas chinas son descartables, que así nomás se las puede desechar. Mido apenas cien millonésimas de milímetro y comparen ustedes este volumen con la más poderosa de las bombas. Estas, todas juntas, no sirven para detenerme. Se gastan cientos de miles de millones de dólares en la compra de armamentos; y sus fabricantes, y los gobiernos que están en la carrera por poseerlos cada vez más destructivos, ahora están arrodillados a mis pies, si es que los tengo.

Antes de seguir adelante expreso mi gratitud a las personas que me permiten vivir y expandirme. Gracias a ellas (las autoridades sanitarias las califican de irresponsables) voy a estar con ustedes mucho tiempo. Aplaudo a quienes se pasean libremente por las calles o hacen reuniones masivas en sus hogares en la creencia de que yo no estoy allí; que no podré entrar por la puerta o el portón cerrados. No entro donde quiero, sino donde me permiten que entre.

Al comienzo me subestimaron. Incluso el presidente del Brasil me llamó peyorativamente "una gripecita". Ahora no sabe qué hacer con tantos contagiados y con tantos fallecimientos. También el presidente de los Estados Unidos de Norteamérica se mostró, al comienzo, indiferente conmigo cuando ya tenía pruebas de sobra de mi fuerza. Hoy su país encabeza la cantidad de víctimas. Una de mis especialidades es doblegar la soberbia embrutecida de los poderosos.

Con mis hermanos solemos comentar -reunidos para festejar nuestra victoria planetaria- lo tontos que son los humanos. Las veces que nos hacemos sentir, en el transcurso de la historia, tenemos la vía libre para pasearnos a nuestras anchas. Siempre les tomamos desprevenidos. Cuando nos instalamos entre ellos, nos causa risa la movilización de los más sabios del mundo que buscan con afán y urgencia algo para combatirnos, para hacernos retroceder, para matarnos, dicen con jactancia. Nunca morimos. En algún momento, con el nombre cambiado, volvemos siempre como le consta a la historia. Y cada regreso, con el mismo resultado: desidia, susto, miedo, oraciones religiosas y promesas a raudales. Cuando volvemos a nuestra casa -tenemos una casa donde trabajamos en nuevos proyectos- se olvidan de que estuvimos de visita.

Cuando creen que se nos detienen -después de muchos sufrimientos- y luego de que en el momento de la tragedia se hacen mil juramentos de llevar una vida distinta, todo vuelve a la normalidad anormal: de nuevo el hombre convertido en el enemigo del hombre. El que más dinero tiene, no se detendrá hasta no dejarle ni un céntimo al más pobre.

Esta vez, como otras tantas, he aliviado a la humanidad de muchos inescrupulosos, causa también de terribles dramas, que solo viven para ellos mismos. ¿Vieron ustedes que se llevaran sus bienes? No, desde luego, pero dejaron sus males.

Me alegra encontrarme con personas que procuran que me quede aquí. Son hospitalarias en exceso. Me refiero, por ejemplo, a los laicos que claman a las autoridades para abrirme las puertas de los templos con presencia multitudinaria. Me encanta la iniciativa. En mis recorridas por el mundo, desde hace siglos, aprendí -o me hicieron

aprender- que Dios está en todas partes. Me pongo en el lugar del creyente. ¿Serán menos piadosas sus oraciones por estar en casa? ¿Qué clase de Dios es el que exige un lugar determinado para que se le rece? Si se tiene fe ¿decae en un sitio y se fortalece en otro? Pero, en fin, son cosas de humanos. Cosas que, juntadas con otras, hacen posible mi presencia entre ustedes.

No pienso dejarles todavía. Voy a disfrutar un tiempo más de tanta hospitalidad. Cuando me vaya les dejaré, a cambio de la buena atención, el hábito de lavarse las manos varias veces al día, y el uso de guantes para tocar los alimentos. Yo mismo me sorprendo cuando veo en las calles, las plazas, los mercados, que la misma mano que recibe el dinero despacha los comestibles. ¡Y tantas otras cosas que uno se sorprende que pueda verse todavía! ¿Cada cuánto tiempo, por ejemplo, se desinfecta el transporte público? ¿Y los bares, restaurantes, negocios en general, instituciones públicas? ¿Y los locales escolares: están equipados para que los niños se laven las manos, y las aulas desinfectadas luego de cada turno?

Como mi larga experiencia me ha enseñado que las promesas duran el tiempo que estoy con la gente, no vayan a sorprenderse que esta generación vuelva a recibirme.

Por mi presencia entre ustedes, y como efecto del encierro, suceden innumerables hechos que van de lo ridículo a lo dramático, de lo risible a lo trágico. Algunos de ellos quedan relatados en el presente libro.